



CAPÍTULO I – ABANDONO

*“Las mareas guardan secretos que la costa vende.” — proverbio
de puerto*

La casa olía a madera húmeda y a carbón apagado, como todas las casas pobres del puerto. A Lyara siempre le había parecido un olor familiar, casi un consuelo, pero esa noche se le volvió insoportable: un recordatorio de lo que dejaba atrás. La humedad se filtraba por las grietas de las paredes y convertía las sombras en manchas vivas que parecían vigilarla. El crujido del tercer peldaño de la escalera, ese que conocía de memoria, le sonó como un aviso: el tiempo se agotaba.

El niño dormía en el rincón más cálido, junto al fogón apagado. Su respiración era breve, irregular, con pequeños espasmos que hacían temblar la manta. Lyara lo miró largo rato, como quien bebe agua sabiendo que pronto tendrá sed de nuevo. Sus ojos repasaron los detalles que debía guardar para siempre: el cabello oscuro que se pegaba a la frente húmeda, los labios entreabiertos, la piel todavía sin cicatrices. Cada rasgo le ardía como una herida en la memoria.

Se agachó, lo alzó con cuidado y lo acunó una última vez. Recordó las canciones que solía entonar en noches de tormenta para calmarlo.

Canciones viejas, aprendidas de marineros borrachos que hablaban de dioses de agua y de lunas que castigaban a los que huían. Nunca había creído en esas letras, pero el niño las escuchaba con los ojos grandes, como si todo fuera verdad.

La cesta esperaba junto a la puerta, preparada durante días. La había reforzado con cuero engrasado por dentro y fuera, para que el agua resbalara sin empapar. Las costuras estaban selladas con resina, y en el fondo había colocado pieles de conejo y hierbas secas para dar calor. No era mucho, pero era lo mejor que podía ofrecer. Su mayor miedo era que la corriente lo hiciera volcar; por eso había cosido dos correas interiores para sujetar la manta.

Colgó del cuello del niño un amuleto de madera pulida. Era tosco, sin adornos, pero en el reverso había grabado, con un cuchillo sin filo, unas letras que solo ella y los dioses sabían leer. Sus dedos recorrieron los surcos, como si al hacerlo pudiera tatuar el nombre en la piel del pequeño.

“Que la luna te guíe aunque yo no pueda”, susurró. La voz se quebró.

Por un instante, deseó deshacerlo todo. Arrancar la manta, sacar al niño, correr hacia el bosque y perderse entre pinos y barro. Pero la idea duró un latido. Sabía que no había escondite posible; la Voz siempre encontraba. Lo único que podía darle a su hijo era una oportunidad en el mar.

El viento coló un gemido por las rendijas de la ventana. El niño se movió en la cesta, como si escuchara. Lyara posó una mano en su frente. El contacto le trajo un recuerdo inesperado: el día en que lo sostuvo por primera vez, aún manchado de sangre, y juró en silencio que nunca lo dejaría. Esa promesa pesaba ahora como un ancla.

Se puso de pie, ajustó la capa y miró la estancia por última vez. Las paredes ennegrecidas, el banco con una pata coja, las ollas vacías en un

rincón. Nada la retendría. No quedaba hogar, solo el acto que debía cumplir.

Abrió la puerta. El aire del canal entró de golpe, húmedo y helado. Afuera, el agua corría oscura entre muros de piedra. El murmullo era constante, como un animal que respira en sueños. Una gaviota chilló en lo alto, y Lyara se estremeció: las viejas del puerto decían que los pájaros de noche eran presagio de muerte.

Sostuvo la cesta con las dos manos y bajó los escalones de piedra. El niño seguía dormido, ajeno a todo. El cuero de la cesta brillaba bajo la luna, como si llevara su propia luz.

Se arrodilló al borde del canal. El agua estaba fría incluso antes de tocarla, el olor a sal y podredumbre le llenó la nariz. Dudó. Miró el rostro del niño una vez más. “Si me quedo contigo, te condeno”, pensó. “Si te suelto, quizá vivas.”

Se inclinó y dejó que la cesta tocara el agua. El cuero crujió al mojarse, pero flotó. El niño gimió, se removió, luego volvió a dormirse. Lyara mantuvo la cesta sujeta unos segundos, como si no quisiera soltarla. La corriente tiró con suavidad, primero tímida, luego con más fuerza.

Abrió los dedos.

La cesta se alejó despacio, girando. Lyara la siguió con la mirada, de rodillas sobre la piedra. Quiso gritar, pero solo salió un sollozo. El agua la tragó entre reflejos de luna, llevándola hacia la oscuridad de la rada.

El eco de unos pasos la sacudió como un golpe. No venían del agua, sino de la piedra detrás de ella. Resonaban acompasados, seguros, como si no temieran ser oídos. Lyara giró, aún arrodillada en el borde del canal.

Tres figuras emergieron del pasadizo. Las antorchas que portaban apenas dibujaron sus siluetas: capas oscuras, hierro al cinto, botas que

no se mojaban con el barro. El primero caminaba con calma, sin prisa, con la certeza de que no había rincón donde escapar. Bajo la capucha, su rostro era sombra, pero su voz no necesitaba nombre. Todos en el puerto la conocían.

—Lyara —dijo, con tono bajo y seguro—. No corras. No es digno.

La Voz.

El corazón de Lyara latió con violencia. No respondió. Se puso en pie despacio, como si todavía pudiera fingir serenidad. El agua quedaba a su espalda; delante, la piedra y la certeza de la muerte.

—Sabes lo que vengo a buscar —continuó la Voz, avanzando un paso más—. Entrégame al niño.

Lyara tragó saliva, buscando fuerzas donde solo había vacío. —Ya no está aquí.

La Voz ladeó la cabeza. En la penumbra, un destello de desagrado cruzó su gesto.

—Mientes. La sangre no miente nunca.

Los dos guardias a su lado desenvainaron. El brillo de las hojas cortó el aire húmedo. Uno de ellos dio un paso al frente.

Lyara retrocedió hasta sentir la piedra del muelle en las pantorrillas. El canal estaba detrás, rugiendo bajo la luna. No podía huir. Solo resistir.

El primer guardia se lanzó. Ella lo esquivó por puro instinto; la hoja le rozó el costado y le abrió la piel. El ardor fue inmediato, un fuego que le dobló las rodillas. Pero se agarró al brazo del hombre y lo empujó contra la pared. El choque resonó como un tambor.

El segundo guardia la sujetó por detrás, atrapándole los brazos. Lyara forcejeó, arañó, le clavó las uñas en la cara hasta arrancarle un grito. El sabor a sangre le quedó bajo las uñas. Con un giro brusco, consiguió liberarse medio instante.

El primero volvió a cargar. Esta vez el filo le atravesó la capa y le cortó la piel del hombro. El dolor la mareó, pero ella respondió con un rodillazo al vientre del hombre. Ambos rodaron por el suelo de piedra, la hoja tintineando al caer.

El guardia maldijo. El otro se abalanzó para ayudarlo.

Entonces la Voz se movió.

Su avance fue sereno, como el de un cazador que no necesita apresurarse. Su cuchillo brilló apenas, un destello fugaz en la penumbra. El primer guardia, aún aturdido, recibió la hoja por la espalda. Un golpe limpio, seco. Se desplomó con un gorgoteo breve.

El segundo giró sorprendido, levantando el hierro para defenderse. Forcejearon un instante, metal contra metal, hasta que la muñeca de la Voz se dobló con precisión calculada y la hoja enemiga se apartó. El filo se hundió bajo la mandíbula. El guardia cayó con los ojos abiertos, como si no entendiera la traición. La Voz no quería ecos del suceso.

Lyara, jadeante, observó la escena con incredulidad. La sangre goteaba de su costado y de su hombro, cada respiración le arrancaba un gemido. La piedra bajo sus pies estaba roja.

Solo quedaban ellos dos: ella y la Voz.

Él se acercó despacio, guardando el cuchillo en la capa. Se inclinó sobre ella, le tomó el cabello como lo haría un amante. Sus dedos eran firmes, fríos, seguros.

—No podías ganar —susurró, tan cerca que sintió el calor de su aliento.

Lyara intentó responder, pero la voz se le quebró en la garganta.

El filo cruzó su cuello en un movimiento suave, casi compasivo. El mundo se apagó de golpe.

En aquella lluvia el agua del canal fue lo último que vio: reflejos de luna, espuma arrastrada. Allí donde la cesta ya era solo un punto lejano.

El silencio volvió al muelle. La Voz limpió la hoja en la capa de un cadáver y levantó la vista hacia el canal. El agua se lo había llevado. No corrió tras él. No lo necesitaba. El hielo y la marea eran aliados más pacientes que cualquier hombre.

Luego se giró y desapareció entre las sombras, dejando los cuerpos tirados y la sangre mezclándose con la escarcha.

La cesta siguió sola.

El agua la empujaba con una terquedad cansada, deslizándola junto a muros húmedos donde el moho dibujaba mapas que nadie leería. A ratos, el canal parecía una lengua larga que lamía la orilla; a ratos era solo un espejo roto por remolinos pequeños. Dentro, el niño respiraba. El aire de la cesta se calentaba con ese vaivén y volvía a enfriarse cuando una corriente de noche encontraba, por algún resquicio, la piel de su mejilla.

El cuero crujía. Bajo la manta, el olor era una mezcla de lino, sal y el rastro limpio de la madera del amuleto. El bebé, sin saber de abandonos ni de persecuciones, conocía en cambio el lenguaje más viejo del mundo: balanceo igual a calma; sacudida igual a miedo; manos que tocan igual a hambre. Cuando el canal dobló una curva y la cesta golpeó una piedra, emitió un quejido. El sonido se perdió encima del agua, ahogado por el murmullo de la corriente y el roce lejano de una cadena que subía una compuerta.

Pasó bajo un arco de ladrillo con los bordes combados por años de humedad. Allí, el aire cambió: olió a pescado viejo y a cuerda mojada. Sobre su cabeza, un farol batió contra un gancho, marcando un ritmo: metal contra metal, metal contra metal. El bebé se calmó con ese campaneo accidental, como si alguien le palmease la espalda a intervalos regulares. El canal se abrió a un tramo con menos muros y más cielo: negro, sin estrellas. Desde una gárgola, una gota cayó y acertó en la tapa de cuero de la cesta. El sonido fue de tambor

pequeño. El niño se movió, reclamando algo que no tiene nombre a esa edad, apenas un impulso: *vuelve*.

El agua respondió con un remolino leve que lo devolvió al carril de la corriente. La cesta siguió, rozando plantas acuáticas que se engancharon en los bordes como dedos nauseabundos. Un roedor nadó un trecho paralelo, curioso, y se perdió en un agujero. Una gaviota le pasó por encima y soltó una carcajada. Más adelante, una luz osciló en una esquina. Voces. Un sonsonete de borrachos en el muelle: sílabas sin dueño. El niño no las entendía, pero su cuerpo reconocía el tono de las voces alegres y se calmó un instante. Luego el canal volvió a vaciarse de sonidos humanos, y la noche recobró su autoridad.

La última compuerta exhaló un suspiro que olía a hierro. Un golpe de agua empujó la cesta y la sacó al mar, como si una lengua fría la hubiese escupido desde la garganta de la ciudad. El cambio fue inmediato: la superficie dejó de ser un carril obediente para convertirse en un pecho inmenso que subía y bajaba. La cesta trepó una ola pequeña, se deslizó por su espalda, trepó otra, y así. No había furia. Había ritmo. Ritmo de animal grande que, satisfecho de su propia fuerza, juega sin morder.

Dentro, el niño dejó de llorar. El balanceo nuevo traía un sonido grave, profundo, que no venía de cerca ni de lejos, sino de todas partes: el latido del mar contra sí mismo. El cuero, bien engrasado, repelía afanosamente cada perla de agua. Un hilo se coló por una costura y besó la oreja del pequeño con un frío que lo hizo encoger la cara. Luego el viento cambió de dirección y la gota quedó atrás, vencida.

La cesta cruzó sombras altas: cascos de barcos que dormían con las velas envueltas como mantas. Visto desde abajo, cada quilla era una luna invertida. Los mástiles se balanceaban contra un cielo casi sin color. De cuando en cuando, algo golpeaba un cabo y hacía cantar un anillo metálico. El niño, arrullado por tantas repeticiones, volvió al

sueño de los recién nacidos: ese dormir sin imágenes donde el cuerpo descansa como si aún flotara en algo más denso que el mundo.

Amaneció sin prisa. No hubo espectáculo. Solo una claridad pálida que empujó a la oscuridad hacia las juntas de madera y los recovecos de los cabos. Entonces apareció la Isla Errante.

Primero fue un rumor de voces mezcladas, demasiadas lenguas para un mismo lugar. Luego, un olor: pescado seco, grasa rancia, especias dulces escondiendo otras cosas menos nobles, humo de hornillos, cuerda recién alquitranada. Por fin, cuando el sol encontró un ángulo, la ciudad flotante se dibujó en capas: cascos unidos por pasarelas, planchas sobre planchas, barandillas que se convertían en calle, velas jubiladas en toldos, barriles sostenidos por cuñas y por fe. Sobre todo, ojos. Muchos ojos. De madera pintada en proas y reales, por encima de barbas, por detrás de paños, atentos a cualquier cosa que pudiera valer una moneda.

—¡Eh! —gritó alguien, y la sílaba corría por los tablones como una chispa sobre aceite.

—¡Cesta! —dijo otro, señalando con el bichero.

El golpe del hierro contra el cuero sonó hueco, como dar en una calabaza grande. Dos manos curtidas se cerraron en los bordes y la alzarón, escurriendo agua salada sobre las tablas. El bebé reaccionó a la luz abierta con una mueca. No lloró de inmediato, como si quisiera, primero, escuchar a qué mundo había llegado.

—Está vivo —acertó a decir una voz, asombrada, con ese deje de incredulidad que tienen las buenas noticias en los puertos.

—No lo digas tan alto, Jaro —replicó otra—. Que lo oiga la suerte es tentar al mar.

Los dedos que desanudaron la manta olían a brea. El primer contacto fue torpe, como si quien tocaba estuviera acostumbrado a cuerdas y no a piel. La lana apartada dejó ver una cara pequeña, húmeda. El niño abrió los ojos.

Uno era celeste. El otro, un ámbar profundo que no era color de mar ni de cielo. Varios hombres hicieron el gesto viejo de morderse el pulgar hasta sacar sangre: pago rápido a cualquier mala sombra que quisiera posarse.

—Marcado —dijo alguien.

—Mal nacido —escupió otro, porque en las cubiertas siempre existe un hombre que escupe.

—Calla —lo cortó una mujer—. No le metas sal a lo que aún no ha sangrado.

La mujer olía a leche y a salvia. Tenía los brazos fuertes, de cargar cubos, y la mirada de esas que han visto morir cosas sin drama. Tomó al niño con una decisión que cortó murmullos. Sus manos no temblaron. Lo colocó contra su pecho y, sin más ceremonia, le puso el pezón en la boca. Él, que no sabía de clanes ni de augurios, supo de inmediato qué hacer. El primer sorbo lo hizo fruncir los ojos por la tibieza. El segundo le aflojó el puño, que se abrió como una flor cansada.

—Bien, niña —dijo una voz más grave, cansada y atenta—. Que trague antes de que alguien decida venderlo al primer comediante.

El que habló mascaba algo que crujía, tal vez algas secas. Caminó despacio hacia la cesta abierta. La sombra de su cuerpo cubrió al pequeño un segundo, y el niño protestó: no le gusta la sombra después de la luz. El hombre apartó la manta con dos dedos y descubrió el amuleto. Lo levantó por la cuerda, sin tocar el hueso con la yema, como si una superstición le hubiera enseñado que hay cosas que se miran, pero no se sostienen desnudas.

—Letras —informó alguien—. Que venga el que escribe.

No vino un escribano con pluma y tintero solemnes, sino un muchacho de manos manchadas de tinta y ojos veloces. Leyó sin decir en voz alta lo que decía el reverso. Luego garabateó en un pedazo de cuero: *Varón. Hallado en cesta. Amuleto*. En la Isla, los nombres a veces llegaban tarde. Lo que antes importaba era si uno flotaba o se hundía.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jaro, el de la puntualidad innecesaria en las preguntas.

El hombre que mascaba algas se tomó su tiempo. Miró alrededor, evaluando no solo al bebé, sino los ojos que lo miraban: la codicia, el miedo, la simple curiosidad. Pescadores con manos que sabían desescamar pescado, mercachifles que sabían desescamar vidas, niños que sabían desaparecer, viejas que sabían hacer sopas con lo que otros tiraban. La Isla Errante estaba hecha de “saber hacer”; por eso no se hundía.

—He visto cosas peores traer fortuna —dijo al fin—. Y cosas mejores traer cuchillo.

La frase quedó colgada en el aire como una vela hinchada. Luego, el mismo hombre la clavó, con una segunda oración que sonó a martillazo en madera:

—Sea lo que sea, ahora es nuestro—afirmó—. Todo lo que flota tiene precio, hasta un niño.

Hubo resoplidos, asentimientos. Nadie aplaudió. No se aplauden las decisiones que implican trabajo. La mujer de la leche siguió amamantando. El bebé, con el amuleto frío otra vez contra el esternón, hundió la cara en un olor que ya reconocía: carne que alimenta. Las voces siguieron siendo ruido. El mundo se redujo a tragar y respirar, respirar y tragar.

Cuando terminó, la mujer le limpió la comisura con un pedazo de lienzo, le ajustó la manta húmeda y, por costumbre más que por

piedad, le rozó la frente con la uña para provocarle un bostezo. El niño obedeció y, al hacerlo, mostró la lengua rosa y la garganta pequeñísima que el mar había perdonado por esa noche.

—Buscadle lugar bajo lona —ordenó el hombre—. Aquí fuera se enfriá en dos cantos.

—¿Y el amuleto? —preguntó alguien—. ¿Lo dejamos puesto?

—Nada que se trae con agua se quita sin pagar precio —terció una vieja, sacando de la nada un proverbio que por poco no era suyo—. Que lo lleve. El agua pone y el agua cobra.

Lo llevaron bajo un toldo de vela vieja, con remiendos que parecían islas sobre un mapa. Allí, el aire estaba más quieto. Una mano dejó junto a la cesta un cuenco con agua tibia; otra, un trapo áspero; otra, una pizca de sal en un corcho, por si la superstición tenía hambre. El niño volvió a cerrarse en sí mismo, mirando nada con sus dos ojos desparejos que aún no se acordaban de enfocar juntos.

El mar golpeó abajo, con ese rumor que es más hogar que cualquier casa para quien nace con suerte de agua. Afuera, alguien discutía por el precio de un barril. Más allá, un martillo marcaba un compás del que dependía una plancha, y de la plancha un pasillo, y del pasillo un barrio entero. En alguna parte, una risa cortó una injuria a la mitad. La Isla Errante, despierta, siguió su vida.

El niño dejó de escuchar. No porque el ruido cesara, sino porque el sueño lo cubrió como una manta nueva. La cesta crujió bajo su peso mínimo. El amuleto, frío, hizo un sonido leve al rozar la madera. Fue casi música.

Muy lejos, donde el canal se curva hacia los barrios de piedra y humo, un charco guardaba el reflejo de algo que no volvería a pasar por allí. El agua, a su manera, también recuerda.

La mujer le pasó una mano por la barriga para comprobar que respiraba con buen ritmo. Su palma era grande y segura. El niño

expulsó aire por la nariz, satisfecho, como si contestara a una pregunta invisible.

—Eso es —murmuró—. Respira.

El hombre de las algas se alejó dos pasos, volvió sobre sus botas y se aseguró de que el bichero y la cuerda quedaran donde siempre. El hábito salva más que la fe, se decía en la Isla, aunque nadie lo apuntara en cuero.

Antes de irse, miró una última vez el borde de la manta. Dos dedos pequeños habían escapado, temblando con el pulso débil de alguien que todavía aprende a sostener el mundo. Los recogió con una delicadeza torpe y los escondió bajo la lana, como quien guarda brasas para que no se apaguen.

—A trabajar —dijo al resto, con la simpleza de las órdenes que mantienen a flote las cosas.

La Isla obedeció. Los cabos se tensaron, la lona se hinchó, los pasos golpearon la madera. Y la cesta, con su pasajero de ojos desiguales y hueso frío al pecho, quedó columpiándose a la sombra, aprendiendo el primer ritmo que tendría por hogar: el del mar que nunca se queda quieto.



CAPÍTULO II – SOMBRAS EN EL OJO DEL SOL

“El Sol no distingue al siervo del noble; solo mira quién se quiebra y quién resiste.” — proverbio solar

El calor ya estaba pegado a las paredes desde antes de que amaneciera. El Ojo del Sol nunca dormía del todo: los muros blancos guardaban la llama como si fueran brasas cubiertas.

Habían pasado 12 sequías y 12 lluvias desde que su barco lo vendiera a la Isla del Sol. Era apenas un bulto envuelto en un manto con un amuleto al cuello, una pequeña cornamenta de madera que tenía la palidez de un hueso antiguo. En la parte trasera estaba tallado su nombre, —o al menos es lo que las criadas le contaron—.

Kael había crecido bajo la sombra cegadora del Ojo del Sol. No fue llevado a las minas de Lumen ni a los campos de trabajo. Su destino fue distinto: una familia noble solar, lo tomó como esclavo doméstico. No por bondad, sino por conveniencia. En esa casa hacía falta alguien que sirviera en los pasillos y patios, alguien que aprendiera a obedecer desde la cuna.

Aquella jornada había banquete en la casa, un festejo menor para nobles de ramas secundarias, nada comparado con la festividad que se acercaba, pero suficiente para que todo oliera a incienso fresco y cobre pulido.

Kael ajustó la bandeja entre las manos. Los dátiles brillaban con un barniz aceitoso, el vino dejaba marcas oscuras en la copa de bronce. Respiró hondo, intentando que los nervios no le hicieran temblar los dedos.

—Sujeta firme, muchacho —murmuró una de las criadas a su lado, una mujer de voz áspera que lo había visto crecer entre patios y cocinas—. Los Hijos del Sol buscan grietas. No les regales la tuya.

Kael bajó la vista, obediente. No sabía si agradecer el consejo o tomarlo como advertencia. El murmullo del banquete llegaba desde el patio de columnas: risas forzadas, cánticos repetidos como plegarias.

Avanzó. El mármol blanco bajo sus pies parecía más caliente que el aire. Los nobles, vestidos en oro y blanco, llenaban las gradas y los corredores, hablando de ofrendas y de cosechas traídas en barcos. El brillo dorado lo hería en los ojos.

Giró hacia la mesa central y entonces lo vio. Un joven noble, de túnica impecable y sonrisa torcida se cruzó en su camino. Kael lo conocía: Darion Solare, sobrino de un sacerdote de renombre, siempre rodeado de otros que reían sus bromas. Había visto demasiadas veces la forma en que lo miraba, como si fuera una mancha en los mosaicos.

Darion levantó el brazo con gesto estudiado. Un toque, apenas un choque de codo, bastó para volcar la bandeja. Los dátiles rodaron por el mármol, el vino se derramó como sangre oscura, dejando marcas imposibles de borrar del todo.

Las risas estallaron al instante.

—Recógelo, ceniza —dijo Darion, con voz clara para que todos lo oyeran—. El Sol ve si obedeces incluso cuando te arrastras.

El calor subió hasta las orejas de Kael. Sintió cada mirada sobre su espalda. No contestó. Se arrodilló en silencio y recogió uno a uno los dátiles, ya manchados de polvo y vino. El mármol le cortaba las rodillas, la risa de los jóvenes se mezclaba con el tintinear de copas alzadas.

Cuando terminó, ya nadie lo miraba. El banquete había recuperado su ritmo: cánticos solares, brindis con vino, palabras grandilocuentes sobre pureza y devoción. Para ellos, el juego se había acabado. Para Kael, la herida seguía abierta.

Se apartó hacia la sombra de una columna, y se esfumó. Con el tiempo, Kael había aprendido la lección más útil: pasar inadvertido. En el Ojo del Sol, la invisibilidad era su única protección.

Al llegar a las cocinas algo rodó hasta su pie: una pequeña bola de cuero y plumas. Kael la tomó, sorprendido.

Al alzar la vista vio a un niño de su edad, vestido con túnica blanca y bordados dorados, que se acercaba corriendo.

—Devuélvela —dijo el muchacho. No con tono de orden, sino de juego.

Kael dudó, y se la lanzó suavemente. El otro sonrió, y en lugar de regresar con los suyos, se quedó allí.

—¿Cómo te llamas?

Kael tragó saliva. Sabía que no debía responder.

—Kael.

—Aurelian —se presentó el niño, alargando la mano como había visto hacer a los adultos. Kael, inseguro, se la estrechó.

Por un rato patearon la pelota entre las columnas, riendo bajo el sol inclemente. Kael no recordaba la última vez que había reído.

Un grito los interrumpió.

—¡Aurelian! —la voz de un sacerdote solar resonó como un látigo—. ¿Qué haces con esa ceniza?

El niño noble apretó los labios.

—Jugábamos.

—Los esclavos no son compañía, son ceniza que anda. Vuelve con los tuyos.

Aurelian retrocedió, pero antes de girarse buscó otra vez los ojos de Kael. No había desprecio en ellos, ni lástima, sino una curiosidad franca.

—Hasta luego, Kael.

El sacerdote lo arrastró hacia las salas doradas. Kael volvió a su tarea. El patio seguía lleno de luz, pero ya no lo cegaba igual: algo había cambiado.

Los encuentros con Aurelian eran breves, robados en pasillos, en las cocinas cuando Kael llevaba pan, en la biblioteca cuando ordenaba pergaminos sin saber leerlos. Aurelian siempre encontraba un modo de acercarse. Mientras que Darion le hacía tropezar con bandejas, le ordenaba repetir frases hasta que la garganta le ardía, lo usaba como blanco de burlas frente a otros muchachos Solare. Una vez, en un banquete, derramó vino a propósito y le obligó a lamerlo del suelo. Kael lo hizo, con el rostro ardiendo de vergüenza, mientras las risas lo cercaban como lanzas.

Y así pasó su infancia en el Ojo del Sol: sirviendo en banquetes que olían a especias dulces y sudor de esclavos, aguantando humillaciones disfrazadas de juegos, aprendiendo en silencio lo que significaba ser ceniza. Entre la crueldad de Darion y la curiosidad de Aurelian, encontró un extraño equilibrio.

No era libertad. Pero tampoco era vacío. Era, al menos, un resquicio donde podía ser visto como algo más que polvo.

El día del incidente no empezó distinto a los demás. Kael se levantó antes del amanecer, cuando los corredores del Ojo del Sol aún olían a humo rancio y a piedra caliente de la jornada anterior. Había que preparar el patio mayor para la llegada de un grupo de nobles. Bandejas de fruta, agua en jarras de cobre, los mosaicos fregados hasta que la piedra reluciera.

Kael trabajaba junto a otros ceniza, todos en silencio. El agua helada le entumecía los dedos, pero lo agradecía: era preferible al ardor constante del mármol bajo los pies.

—Más rápido —apremió un capataz, golpeando el suelo con el bastón.

Kael obedeció. Había aprendido a medir cada gesto para no llamar la atención. Sin embargo, esa mañana Darion decidió que era un buen momento para quebrar la rutina.

El muchacho entró al patio con un grupo de amigos, risas al aire, las túnicas ligeras con bordes bordados en oro. No venían a entrenar, sino a exhibirse.

—Mira al ceniza —dijo uno, señalando a Kael mientras este arrodillado secaba un mosaico—. Parece que reza a la piedra.

Darion se acercó.

—Si reza, que lo haga bien. —Le arrebató el paño y lo lanzó a la fuente. Luego extendió la mano, mostrándole un cáliz vacío—. Llévalo.

Kael miró alrededor. El agua estaba en el otro extremo del patio, en jarras pesadas. Si corría, podía traerlo rápidamente.

—Ahora —exigió Darion, con la sonrisa torcida.

Kael se levantó y fue por el agua. Cargó la jarra con esfuerzo, la levantó hasta el cáliz. Pero Darion dio un paso en falso, fingiendo

tropezar, y golpeó su brazo. El líquido se derramó sobre la túnica bordada.

El silencio fue inmediato.

—¿Has visto lo que ha hecho? —gritó Darion—. ¡Este ceniza me ha manchado a propósito!

Kael negó con la cabeza, los labios temblando.

—No... no fue—

Un bofetón lo interrumpió. El sonido seco rebotó contra las paredes. Los amigos de Darion rieron, pero no todos con la misma convicción. Algunos bajaron la vista, incómodos.

Aurelian estaba allí. Había llegado detrás del grupo, más callado. Dio un paso al frente.

—No ha sido culpa suya —dijo, firme.

Darion lo miró con desdén.

—¿Vas a defender a un ceniza otra vez? Ya te lo advirtieron: un Solare no se rebaja a hablar por polvo.

Aurelian enrojeció, pero sostuvo la mirada.

—El Sol no perdona la mentira —replicó, repitiendo el proverbio sagrado.

El murmullo creció. Nadie esperaba que le devolviera la frase. Kael sintió un nudo en el pecho, un calor extraño: miedo y gratitud a la vez.

Darion no respondió a Aurelian. Se giró hacia el capataz.

—Llévalo al Templo. Que aprenda lo que significa derramar agua sagrada en presencia de los Hijos del Sol.

El Templo del Sol no parpadeaba. Era una cúpula inmensa, abierta en su vértice con un tragaluz enrejado por donde el día caía como un látigo. Kael pensaba que el sol real vivía ahí arriba, preso como todos,

y que por eso hacía tanto ruido en las losas cuando lo azotaban. La piedra guardaba el calor como una memoria que no quería olvidar; aun de noche, las paredes escupían ese calor viejo, enfermo, que huele a metal y a incienso gastado.

Él aprendió pronto la cartografía del dolor: dónde resbalaba el sudor, cuáles los pasillos que olían a humo de sacrificio, dónde los cuencos con agua que sabía a cobre, qué escalones cantaban antes de la ronda.

Cada amanecer comenzaba con un golpe en la celda: madera contra hierro. Los forjadores del templo —no herreros del carbón, sino hombres de fe— marcaban los turnos con un bastón que parecía una estaca. A Kael lo sacaban con otros niños y con esclavos de ojos resignados. Bajaban al patio hundido donde las estatuas de cobre, ennegrecidas por el humo, levantaban vasijas hacia el tragaluz. En las paredes, figuras del Sol atravesaban con lanzas a monstruos de sombras. Las lanzas brillaban incluso cuando no había luz.

—El Sol no perdona la mentira —rezaban los acólitos al pasar.

Kael decidió que aquella frase era también una amenaza contra el sueño, y por eso dormía poco. El sueño te hacía lento, y la lentitud dolía.

Las tareas eran una letanía: fregar los pasillos hasta que el agua quedara clara, pulir placas de cobre con paños ásperos hasta ver en ellas la cara torcida de uno, acarrear cubos de incienso desde el almacén a las capillas laterales, limpiar las canaletas donde la grasa de los sacrificios se solidificaba en hilos blanquecinos. A veces le tocaba correr hasta la sala de aprendizaje, donde los hijos de los Solare repetían nombres de batallas y proverbios con voces sabiondas. Desde la puerta, invisible detrás de un biombo, veía cómo esos muchachos

levantaban el mentón para declamar: “El Sol perdona al obediente.” Si alguno tropezaba con una palabra, el maestro le golpeaba con una vara de caña, no demasiado fuerte, pero con un ritmo humillante. Kael contaba mentalmente los golpes, no por crueldad, sino para recordar que siempre había alguien peor que él, incluso entre los que llevaban oro en la ropa.

Cuando les daban de comer, el olor a sopa rancia se mezclaba con los perfumes de los altares. A veces, entre cucharada y cucharada, alcanzaba a oír en las bóvedas altas la música de los ritos mayores: cuencos de bronce chocando, voces masculinas largas, una Vibración —así la llamaban— que hacía temblar el estómago. Había días en que todo el Templo parecía respirar al compás de esos cantos. Otros, el silencio caía como un paño húmedo y nadie hablaba de nada.

En uno de esos silencios llegó la primera marca.

Fue en el corredor norte, cuando Kael llevaba una palangana con carbones apagados. Los carbones parecían ojos dormidos. Un acólito mayor le salió al paso. Tenía los dedos manchados de azufre y una sonrisa que no sabía si era de burla o de hambre.

—Tú —dijo, tocándole el pecho con un dedo. Se le quedó pegado un olor a resina—. Abre la boca.

Kael obedeció. El acólito le alzó el labio superior como se mira los dientes a una mula.

—Heteróclito —murmuró, con un gusto extraño al pronunciar la palabra—. Mirad, hermanos: ojos de dos fuegos.

Se habían juntado tres o cuatro curiosos. Uno se inclinó demasiado. Otro chasqueó la lengua. Kael no se movió. El acólito dejó caer el labio y le dio una palmada en la mejilla como quien bendice un cuenco.

—El Sol hace rarezas —dijo—. No todas son prodigio.

Aquella tarde, el rumor ya le había adelantado por los pasillos. “El de los ojos dispares.” A cada esquina, una mirada. A cada mirada, una pequeña sentencia. Kael apretó el paso y olvidó respirar hasta que el pecho le dolió. Cuando pudo, escondido detrás de un incensario vacío, se tocó el amuleto. Lo notó caliente. “Si lo atas bien, el nudo la hace más fuerte”, recordó sin saber por qué.

Había un lugar en el Templo donde las órdenes llegaban jadeando: la galería de los hornos. No eran hornos de pan ni de hierro; eran hornos de bronce sagrado donde se fundían placas para los altares y discos para los pechos de los sacerdotes. El aire allí dentro era una pared. Kael iba con cubos de agua para los enfriamientos, y cada vez que acercaba la cara sentía cómo se le cocían las pestañas. Los hombres que trabajaban allí eran casi siempre los mismos: músculos de cuerda, gafas de cristal humeado, la piel con manchas blancas donde el calor había borrado el color. No hablaban mucho. De vez en cuando, uno decía “más”, y el otro respondía “menos”, como si fueran dos partes de una misma máquina.

—No te acerques para mirar —le dijo una voz por detrás la primera vez que se quedó boquiabierto ante el rojo vivo—. El rojo llama y quema.

Kael se giró. Era Tor, un esclavo veterano que todos llamaban “el Hueso” porque parecía hecho de palos. No llevaba insignias, pero mandaba sobre los cubos como un rey sobre su charco.

—El rojo es una boca —añadió—. Le gusta tragarse ojos.

Kael asintió y aprendió a mirar de soslayo, usando el brillo en las paredes para comprender sin ofrecer la cara. Con el tiempo, Tor le enseñó dos o tres trucos: cómo humedecer el borde del cubo para que no astillara, cómo inclinar el agua sin que el vapor saltara como un lobo, cómo escuchar el crujido del metal para saber si estaba listo o todavía quería más fuego. Tor no sonreía, pero una vez, cuando Kael no dejó caer el cubo a pesar de un fogonazo que le lamió los nudillos, inclinó la cabeza en señal de respeto. Fue la primera reverencia que recibió en el Templo.

—Eres rápido —dijo Tor—. La rapidez en un mundo lento es un pecado menor.

Aquel día, al regresar a su celda, Kael notó que el amuleto no estaba donde siempre. Se le había subido hacia el hombro, pegado al vendaje. Lo acomodó con cuidado, con ese gesto de superstición práctica que aprendió sin maestro. Si alguna vez lo perdía, sabía que sería peor que perder un dedo.

La primera vez que vio a la Voz del Sol fue a través de una rendija de luz. Las capillas laterales tenían celosías altas por las que se filtraba la claridad como una lluvia cuadrada. Kael estaba trepado a una escalera de madera para limpiar las planchas de cobre. Fue cuando escuchó ese timbre: no era alto, pero estaba hecho de algo más duro que la piedra. Se pegó a la sombra por puro instinto.

—...no basta con obedecer —decía la Voz—. Hay que obedecer con alegría. La obediencia triste es una sombra que apaga. La obediencia alegre es un espejo que multiplica.

Los acólitos asentían con la cabeza y el pecho. Kael no los miró. La Voz no iba sola. Con ella caminaba un hombre silencioso, un cuerpo que no parecía pesar: un Custodio. No llevaba símbolo de clan, no llevaba brillo. Solo un andar sin ruido. Kael no vio su cara, pero sintió su presencia como un cubo de agua fría en la espalda. Había oído hablar susurros de esa gente que “escribe con cuchillos”. Apretó los dedos en el palo de la escalera hasta verles sangre. Tenía miedo de caer. Y tenía miedo de quedarse quieto. En el Ojo, el miedo es un animal de dos cabezas.

La Voz hizo una pausa bajo el tragaluz. El sol, a esa hora, caía oblicuo y se le dibujó en la frente como un sello. No era un hombre joven ni viejo: era un hombre al que la certeza le había planchado las arrugas. Abrió los brazos como si abarcara el Ojo entero.

—El mundo se pudre en los bordes —dijo—. Solo la luz sostiene el centro. Nuestro deber es llevar esa luz donde haya barro. Si el barro chilla, se calla. Si el barro corre, se le cortan los pies. Si el barro reza, se le da agua. Así se gobierna: con firmeza y con grados. El Lumen arde en nosotros. Nos quiere limpios.

Aplausos, y no de manos sucias. Kael bajó un escalón con cuidado y se perdió por el corredor del humo, donde el aire apesta y no se ve nada a un palmo. Se quedó ahí un momento, pegado a la pared, escuchando su corazón como si fuera un tambor secreto. “Si el barro reza, se le da agua.” Él no sabía rezar. Solo sabía correr. Tal vez por eso siempre tenía sed.

Había noches en que el Ojo parecía desierto y, sin embargo, ardía. Esas noches, desde los pasillos de servicio, se oía el raspar de cuchillos de bronce contra piedra, un sonido que hace que los dientes quieran

escondarse. Una vez, Kael llevó paños limpios a una sala donde el suelo estaba cubierto de aserrín. No había sangre, pero todo olía a hierro como si el aire la recordara. Un acólito recogía astillas con una pala.

—¿Qué pasó? —preguntó Kael, antes de morderse la lengua.

—Purificación —dijo el acólito, sin interés—. Uno que no supo decir “sí”.

Kael bajó la cabeza y dejó los paños. Al salir, volvió a tocar el amuleto bajo la camisa. No era fe. Era otra cosa. Un nudo que se había apretado para no aflojarse nunca más.

Algunas mañanas, cuando los oficios mayores exigían brillo, los esclavos eran llevados al Gran Patio. Allí pulían los discos de bronce que luego se colgaban del pecho de los sacerdotes. El sol se reflejaba en ellos con la violencia de una verdad gritona. Kael aprendió a pulir sin mirarse, usando la esquina del ojo para comprobar el brillo. Si miraba de frente, veía su cara partida por la curvatura del metal, y ese Kael doblado le parecía el verdadero: uno que se iba hacia dos direcciones, y ninguna era la suya.

—Más rápido —mandaba un capataz.

—Más —susurraba Tor, desde otro banco, como si le mandara calma y no prisa.

Un día, en plena tarea, un grupo de jóvenes Hijos del Sol cruzó el patio. Uno de ellos, de mentón afilado y pelo oscuro, se detuvo justo donde Kael. Miró el disco, luego lo miró a él con una mueca.

—Ese no está bien—dijo—. Tiene sombra dentro.

El capataz se apuró a negar, a prometer que el brillo sería perfecto. El joven —primo de alguien, sobrino de otro, el árbol del clan tiene

más ramas que hojas— chasqueó la lengua y dejó caer una moneda en el suelo, por desprecio o por juego. Kael no la recogió. Sabía que no era para él. El capataz, rojo, se agachó, la guardó y asintió con reverencias.

—En el Sol —dijo el joven, como quien dicta un refrán aprendido—, el brillo es obediencia.

Kael volvió al paño. Un pensamiento se le clavó como espina: “Si brillo, me ven. Si no brillo, me pegan.” Entonces encontró el borde estrecho por donde un tercero camina: “Brillar donde no miran.” Era una idea absurda, pero le sostendría más de una vez.

Las semanas siguientes tuvieron gusto a metal. Kael vivió en los hornos, alargando el brazo cuando el vapor quería morderlo, achicando agua con rapidez calculada, aprendiendo a leer los chasquidos del bronce como si fueran consonantes. Tor le enseñó a envolver las manos con trapos mojados sin hacerse nudos que arden. Los hombres de los hornos no hablaban, pero cuando Kael pasó un cubo en el exacto segundo en que el filo del disco pedía alivio, uno le dijo “bien” sin mover la cara.

De noche, agotado, volvía a su celda con pasos que no recordaba. A veces, en ese camino, se cruzaba con procesiones que olían a aceite y a flores enfermas. Hombres de capa, mujeres con brazaletes, niños con coronas de cobre que no pesaban porque no eran suyas. Se apretaba contra la pared para dejar paso. Una vez tropezó y cayó de rodillas. Un joven Solare —no Aurelian, otro, más feroz— le escupió una palabra que Kael no pudo repetir porque las palabras, a veces, cortan por dentro si las guardas.

El amuleto, debajo de la camisa, se movía con cada respiración. Por las noches, cuando el Ojo callaba por fin, Kael lo sacaba y lo sostenía entre el índice y el pulgar, a la altura de los labios, como si fuera un colmillo que pudiera masticar la oscuridad. No rezaba. Pero cada noche decía una frase distinta, sin saber de dónde salía. Un día dijo: “Resiste”. Otro: “Corre”. Otro: “Aprende”. Ninguna se parecía a las otras. Todas eran la misma.

El aire de los hornos nunca se apagaba. Aunque cerraran las compuertas, aunque el fuego menguara, el calor seguía flotando como un animal que respiraba en sueños. Kael aprendió a reconocerlo: un rumor grave en los muros, un zumbido que le calaba en los huesos. Llevaba ya semanas bajo la tutela áspera de Tor, el viejo esclavo que sabía escuchar al metal como si fuera un tambor.

—Mueve el cubo cuando cruje —le dijo una vez, mientras los demás se cubrían la cara del vapor—. Si lo haces antes, te quema. Si lo haces después, también.

Kael obedecía, siempre con el miedo latiendo bajo la piel. El trabajo era duro, pero había una extraña lógica en el fuego. Lo que no entendía era la lógica de los hombres. Un día lo azotaban por ir lento; otro, por ir demasiado rápido. Y las palabras que caían sobre él eran siempre las mismas: ceniza.

Esa palabra ya no le dolía igual. Se había endurecido por dentro, como la costra que queda en la boca después de beber agua demasiado caliente.

Una tarde, los capataces recorrieron los pasillos con bastones golpeando el suelo.

—Todos al patio mayor. Zahur preside hoy.

El nombre recorrió a los esclavos como un escalofrío. Zahur Solare, la Voz del Sol. No hacía falta verlo para sentir su peso; bastaba con oír el murmullo de los acólitos repitiendo sus proverbios en los corredores.

Kael siguió al grupo. Subieron escaleras húmedas, cruzaron galerías de piedra hasta llegar al patio central. Allí el calor era distinto: no de hornos, sino de sol real cayendo a plomo desde lo alto. El espacio estaba rodeado de columnas y gradas donde se sentaban jóvenes nobles, curiosos de ver la ceremonia.

En el centro brillaba un círculo de cobre pulido. Alrededor, máscaras ennegrecidas esperaban sobre una mesa. Kael tragó saliva. Había oído hablar de esa prueba: los ceniza se cubrían el rostro y miraban su reflejo en el metal. Los sacerdotes interpretaban lo que veían en la sombra. Era un rito de humillación, pero también de selección.

Tor pasó a su lado.

—No mires demasiado tiempo. La luz no perdona.

Zahur apareció por la escalinata norte. No gritaba, no lo necesitaba. Su voz tenía la firmeza del bronce.

—En nombre del Arconte, el Sol no tolera impurezas —dijo, y los acólitos repitieron al unísono—. Hoy miraremos las sombras para arrancarles la mentira.

Kael bajó la vista. No quería destacar. Quería ser uno más en la fila. Pero cuando le colocaron la máscara sobre el rostro, el hollín se le pegó a la piel y sintió que no podría respirar. Avanzó hasta el círculo, el cobre reluciendo como agua inmóvil.

Se inclinó. El reflejo le devolvió su sombra. Dos brillos distintos en el lugar de los ojos. Uno azul, otro dorado.

El murmullo estalló de inmediato.

—Dos fuegos —dijo un sacerdote.

—Una rareza —añadió otro.

Zahur levantó la mano y el silencio cayó como una losa. Se inclinó hacia adelante, los ojos ardiendo bajo la frente ancha.

—Este no mira al Sol. Lo mira todo.

El eco de su voz llenó el patio. Kael apretó los puños. No entendía, pero sabía que lo estaban marcando de un modo distinto a los demás.

Fue entonces cuando lo sintió. Una presencia fría entre tanto calor. Alzó apenas la vista y lo vio en la sombra de una columna: un hombre alto, envuelto en un manto oscuro, inmóvil. No llevaba disco de cobre ni corona. Solo unos ojos grises que parecían escribir sin tinta.

Malrik Noone, no necesitó que lo nombraran; los ceniza lo reconocían por susurros. El Custodio del Sol. El que observaba y callaba. El que enviaba informes al Lumen.

Kael apartó la mirada enseguida. Pero la sensación no se fue. Era como si aquellas pupilas lo hubieran grabado en algún lugar lejano. Como si, desde ese instante, dejara de ser invisible.

Cuando la ceremonia terminó, los demás esclavos fueron devueltos a sus tareas. Algunos habían recibido órdenes de ayuno, otros de trabajo extra. A Kael lo dejaron ir sin castigo, pero con la frase de Zahur resonándole en la cabeza: “Este no mira al Sol. Lo mira todo.”

Esa noche, en la celda húmeda, Tor le habló en voz baja.

—Te han visto. Eso no es bueno.

Kael sostuvo el amuleto de hueso entre los dedos.

—¿Qué significa?

Tor negó con la cabeza.

—En el Ojo, significados sobran. Lo que falta es compasión.

Días después, mientras llevaba cubos por un corredor lateral, escuchó pasos conocidos. Aurelian apareció, las manos escondidas en las mangas de su túnica. Se miraron en silencio.

—Te vi —susurró Aurelian, cuando estuvieron a solas.

Kael frunció el ceño.

—¿Dónde?

—En el patio. Zahur te señaló. Y Malrik... —calló un segundo—. Cuando el Custodio mira, nada vuelve a ser igual.

Kael sintió un escalofrío.

—¿Por qué yo?

Aurelian bajó la voz hasta ser casi un soplo.

—Porque no eres como nosotros. Ni como ellos. Y el Sol no perdona lo que no entiende.

Se quedaron quietos, con el murmullo de los hornos llegando desde abajo. Kael no sabía qué responder. Solo se aferró al recuerdo de la frase que había oído entre los ceniza: “El Sol brilla también en la ceniza.”

Esa noche, antes de dormir, repitió esas palabras como si fueran un rezo. Y aunque no creyera en el Sol, se prometió una cosa: no sería polvo.

El rumor llegó como llegan los malos vientos: por la espalda.

—Han llamado al Sacrificio —dijo alguien en los pasillos. Nadie pronunció la palabra “fuego”, pero a todos se les oscureció la cara.

—Dicen que será grande y solo para jóvenes —añadió un acólito, contento de tener miedo que contar.

—Dicen que el Arconte Cassian oyó al Lumen —selló otro, con el gusto agrio de repetir frases prestadas.

Kael no preguntó. Sabía que cuando una noticia necesita tantos “dicen”, trae peligro. Tor frunció el ceño como quien mastica arena. Los de los hornos afilaron el silencio. El Ojo comenzó a limpiarse con una prisa indecente: pulir, barrer, encerar, adornar. La luz, esos días, parecía demasiado blanca. La Vibración volvió, más grave.

Aurelian pasó una vez por el pasillo de servicio. No lo vio. O fingió no verlo. Llevaba la espalda recta, pero Kael le notó el miedo en el cuello. El miedo hace líneas donde no debería haberlas. No se cruzaron palabras. No hacía falta para entender: estaba preocupado por su amigo ceniza.

